

Las cosas no parecían mejorar y mis esperanzas por que lo hicieran se iban esfumando cada vez más rápido.



Sonó el despertador, abrí mis parpados, y lo primero que me vino a la cabeza fue la imagen de los ojos de Sandy unos meses antes de que la anunciaran que tenía Alzheimer. Eran totalmente diferentes. Ahora se notan perdidos, es como si estuvieran conectados con su mente; estaban en blanco.

No me puedo creer el tiempo que ha pasado, miro hacia lo remoto con la esperanza de que sea como antes pero sé que esto no tiene vuelta a atrás. Me siento atrapada en un callejón a oscuras, rodeada por los intimidantes recuerdos que no paran de evocar en mí sentimientos reprimidos que un día sufrí con tanta intensidad. Es tan duro luchar contra una fuerza superior a ti, superior a tus conocimientos y a tus valores. No somos conscientes del dolor hasta que somos manchados por él.

Ya estaba lista para salir y comerme el mundo en la entrevista que me esperaba cuatro calles no más lejos de aquí.

Esperaba ansiosa en la sencilla recepción, pintada por una paleta de colores fríos. Mi estómago estaba hecho un nudo. No podía creer que estuviera en primera reunión para entrar a trabajar en una de las revistas más leídas en todo el mundo. Si no me admitieran no me echaría a llorar como lo haría cualquiera de las candidatas que me acompañaban en esta sala. Sandy me enseñó que no debo sufrir, lamentarme, sentir dolor por algo que ni si quiera he tenido en mis manos, así que en el caso de que no me aceptaran lo tomaría como una oportunidad que me ayudó a hacer las cosas de otra manera.

Era mi turno y mis piernas temblaban en cada paso que daba. Antes de entrar por la puerta me enderecé y me dije a mí misma: "tú puedes, eres fuerte y consigues todo lo que te propones", saqué una sonrisa y me dispuse a dejarlos con la boca abierta.

A mi derecha estaba viendo la residencia en la que se encontraba. Aparqué en frente. Pensé en como la saludaría esta vez, cómo reaccionaría ante mi repetida y olvidada llegada. Una lágrima se deslizaba por mi mejilla anunciando una lluvia de sollozos dibujados en gotas saladas. Apoyé mi cabeza sobre el respaldo y agarré el volante con fuerza en un intento de contenerme, pero lo único que hice fue desencadenar un mar de llantos.

Abrí la puerta de aquel centro débilmente. Conté los pasos hasta llegar al ascensor, nunca coincidían; un día eran quince, otros diecisiete e incluso veinte. Ya plantada en el tercer piso fui directa a su habitación. Abrí la puerta y se encontraba sentada en un

sillón azul, mirando por la ventana. Sostenía un libro en su mano izquierda pero lo tenía apoyado sobre las piernas – supongo que algo la distrajo de su lectura –. Cerré la puerta tras de mí y giró la cabeza dejando caer el libro al suelo.

- Perdona, no quería interrumpir su lectura – dije ignorando el hecho de que no lo hacía.

Me miró extrañada – como cada vez que aparezco por la puerta – sin pestañear ni un segundo. Era una reacción habitual, los médicos dijeron que empeoraría y que su estado de ánimo cambiaría a medida que su enfermedad avanzaba. Ella parecía mantener sus emociones equilibradas. Aunque su salud no era la de antes, ahora estaba continuamente en el hospital. Había vuelto hace apenas una semana de su última intoxicación con un producto de la limpieza que había en su cuarto de baño. Cuando vi la llamada en mi teléfono me asusté y devolví la llamada con ansias de saber que ocurría, tal vez era una llamada anunciando su pérdida. Pero lo único que nos dijeron es que se encontraba en el hospital en estado grave ya que había ingerido una cantidad considerable de aquel bote. Ahora se encontraba un poco mejor gracias al lavado de estómago que la hicieron y los medicamentos que la recetaron.



El doctor dijo que sería mejor si no la dijéramos que somos sus familiares, sería demasiada información para asimilar, demasiados huecos que rellenar, demasiadas preguntas en su cabeza.

A Sandy la encantaba cocinar, preparaba unos platos magníficos, pero con el tiempo esa pasión fue desapareciendo hasta no quedar rastro de ella.

- ¿En qué piensas? Si se puede saber, claro. – dijo en un tono dulce y cálido, soltando una risa que echaba de menos.
- Estoy pensando en todas las cosas que he perdido y que tengo la esperanza de recuperar pero no sé cómo.
- Hay cosas que no pueden volver a tu vida, pero en cambio otras mejores borran el dolor; aunque la cicatriz siga marcándote.
- Espero que tengas razón porque esta presión que yace en mi pecho aumenta en cada palabra que articulo – dije aturdida por tantas emociones acumuladas.

Su boca dibujó una sonrisa tan consoladora como la recordaba, era tan especial, que por muchas cosas que no recordara, seguía teniendo detalles que son difíciles de olvidar. La abracé con todas mis fuerzas y me despedí de ella con la disculpa de que tenía un asunto pendiente esperándome, pero simplemente no podía aguantar aquella cantidad de memorias dispersas en el tiempo. Todo había cambiado y en un abrir y cerrar de ojos las palabras de cariño recordando mi nombre, los besos tan cálidos como la tranquilidad en mi mejilla, las horas y horas gastadas en conversaciones telefónicas, se habían esfumado como las hojas que se lleva el viento en un día frío de otoño. Cada memoria era una de esas amarillentas y anaranjadas frondas que caían del árbol de su vida, de nuestra vida.

Cuando quise ver estaba empujando la puerta de la residencia y una fría brisa golpeó mis pómulos – ahora rojos por la escasa calidez de aquel viento invernal.

Al llegar a casa me senté en el sofá en un intento de tranquilizarme y armonizar conmigo misma. Encendía la televisión, mi boca empezó a abrirse, mis ojos a cerrarse y mis músculos a tumbarse.

Una llamada de teléfono me despertó de aquel sueño tan profundo. Miré el reloj y eran las 4 de la mañana. ¿Quién podría estar llamando a estas horas? Me pregunté extrañada.

- ¿Sí? – contesté con una voz ronca y adormilada
- Siento despertarla, pero me temo que Sandy se encuentra en unas condiciones pésimas.- dijo a la vez que un silencio se apoderó del teléfono.
- ¿Dónde se encuentra? Necesito verla. ¡Ahora! – no pude evitar subir el tono de mi voz sin que sonara autoritario e histérico.

- Está en el hospital El Escorial
- Llegaré en breve.

Cogí mi bolso y salí corriendo, ni si quiera esperé a que el ascensor subiera, sino que decidí caminar escaleras abajo. No pude evitar en pensar todas las cosas horribles que la podían haber pasado. Mi corazón palpitaba tan rápido que creí que se me saldría del pecho sino bajaba el ritmo de mis pasos acelerados intentando llegar a donde ella estuviera.

Llegué al hospital y mi pulso se aceleraba a medida que me acercaba a la enfermera que se encontraba detrás del mostrador. Me pidió los datos del paciente y un par de cosas más. Mis sentimientos en esos momentos eran de desesperación y ansia.

No me dejaban entrar en la habitación, me dijeron que la meterían en el quirófano en pocos minutos y que estaba totalmente sedada. Insistí todo lo que pude pero esa mujer era muy estricta y lo único que quería es que todo saliera como la seda.

Pasaron horas y horas y las cosas no parecían mejorar y mis esperanzas por que lo hicieran se iban esfumando cada vez más rápido hasta que una enfermera apareció por la puerta de doble dirección y me dijo:

- La operación se complicó y no pudimos parar la hemorragia. Lo siento mucho. Seguro que era una señora excepcional. – dijo en una voz tranquilizadora que no funcionó conmigo.
- ¿Cómo...? – Mi corazón se paralizó durante unos segundos antes de que mis ojos se inundaran, y rompiera a llorar.

La enfermera desapareció por aquellas puertas hipnotizadoras y yo no sabía cómo arreglar ese hueco que quedó cuando su alma subió arriba de todos nosotros. Ha ocurrido todo de repente sin poder reaccionar ante nada. Todo por lo que había luchado, en este momento mi corazón se estaba estremeciendo a un paso agigantado y mis sollozos me ahogaban en un mar tan salado que me escocían los ojos. Mis rodillas me fallaron y cayeron al amarillento suelo, ahora tan pálido como mi rostro.

Estaba lista para salir por la puerta. Mi vestido negro era tan largo que se deslizaba por el suelo de parqué. Mis tacones chocaban contra él y resonaban en todo el piso haciendo un ruido hueco y sordo.

Llegué al entierro tan destrozada como el día que anunciaron su muerte en la sala del hospital. Bajé del coche y coloqué sobre mis ojos las gafas de sol intentando que no se vieran todas aquellas que dejaron mis manos en un intento de secar mis lágrimas.

El cura pronunció unas palabras preciosas nombrando su enfermedad que tantos disgustos nos hizo pasar. El sufrimiento ante su pérdida fue muy chocante en mi vida pero aun así cada vez que entro por la puerta la siento, siento como me cuida me

cobija y hace de mi casa un lugar más cálido.

